

EL ESPLENDOR DE LA ANTIGUA REFORMA SEGÚN EL MODELO NORTEAMERICANO

JAIME RESTREPO CUARTAS



SI HAY ALGO QUE debe ser de perenne reconocimiento por los ciudadanos y por quienes hemos tenido relación con la Universidad de Antioquia, es destacar que existen mentes claras, capaces de ver el atraso, e idóneas para vislumbrar caminos que permitan transformar lo precario en fuente inagotable del saber. Si hay algo digno de encomio en administraciones como la del doctor Ignacio Vélez Escobar, es, por encima incluso de la Ciudad Universitaria, la reforma académica que promovió e implantó en la década de los sesenta en Antioquia, modelo que también se desarrolló en el resto del país.

Nos sentimos orgullosos de la magnificencia de un campus universitario como el que tenemos: bello, acogedor, apto para la meditación, para la diversión física e intelectual, y para cultivar el espíritu, tal como debe ser: estricto, inquieto, rebelde, capaz de perseguir la verdad, ésa que no está únicamente en los libros ni en las ideas de un maestro ni en las críticas de los adversarios, sino en el todo, en el conjunto de la realidad, en lo que se ha discernido y en lo que no se conoce, en lo que ofrece posibilidades de saber y en lo que nos está vedado, porque no tenemos la capacidad o las condiciones para descubrirlo. La formación integral de ciudadanos aptos y sensibles requiere espacios como los que brinda la ciudad universitaria.

A más de la Ciudad Universitaria, hay otros símbolos de la Universidad. El Edificio de San Ignacio, por ejemplo, algo de lo cual nos sentimos orgullosos quienes amamos a la Universidad de Antioquia: los que la vieron desde el balcón de una casa sobre la calle Ayacucho o los que caminaron por sus pasillos o jugaron en sus patios; o los que la vivieron en los laboratorios y en los salones de clase. Fue y sigue siendo el símbolo de la historia, porque allí nació nuestra Alma Mater. La Ciudad Universitaria es el símbolo de la nueva era, de la modernidad, del espíritu de los tiempos actuales, de la Universidad que necesita espacios para convivir, áreas deportivas, bibliotecas, teatros, cafeterías, zonas verdes, árboles. Pero la vida no ha terminado con el retiro de los rectores que la han hecho posible. Tal vez en el siglo XXI el símbolo sea la Sede de Investigaciones Universitarias, SIU, porque cristaliza aquello en lo cual está convertida hoy la Universidad, o sea el centro para buscar conocimiento, algo que parecía vedado porque era potestativo de los países desarrollados, ya que hasta hace muy poco se creía que nosotros no merecíamos el título de descubridores de verdades. Y quizá mañana, y ni siquiera lo soñamos, lo

simbólico se traslade a las Sedes Regionales en los municipios de Antioquia, olvidados por la misma Universidad en sus periodos anteriores a la década del noventa.

Pero de lo que se trata es de reconocer que la reforma académica de los años sesenta, inducida por el doctor Ignacio Vélez Escobar, fue un cambio de paradigma de enorme significación, porque sepultó lentamente la vieja escuela europea de la clase magistral, la tutoría, el profesor omnisciente, el saber encerrado en feudos, la escuela de profesores eminentes en pedestales y de estudiantes somnolientos y pasivos, y abrió las puertas al nuevo saber, a la desconcentración del conocimiento, a la posibilidad de opinar, al aprendizaje obtenido en los laboratorios y en las prácticas, al surgimiento de la particularidad desarrollada en las especialidades y al interés por las ciencias básicas y las humanidades. Esto, con independencia del Instituto de Ciencias y Humanidades, luego convertido en Facultad, que fue simplemente un modelo.

Ello produjo la natural reacción de los sectores tradicionales, representados por los movimientos liberales y conservadores, presentes en todas las épocas de la Universidad. Y la oposición de sectores con opiniones distintas, no se hizo esperar. La reacción debe verse como algo normal: primero, los más encastrosados en su época renuncian y se sienten perseguidos, y luego, las juventudes, antes apagadas, encuentran que es posible ser partícipes y se hacen sentir, con los excesos propios de la juventud, con la ideología por delante y la razón rezagada, con el ímpetu de quien ya no traga entero; cuestiones que los maestros han sabido y sabrán manejar a lo largo de los tiempos. Pero la salida de la rectoría de la U. de A. del doctor Ignacio Vélez Escobar no fue solo un fenómeno interno de la Universidad de Antioquia, que ya había sido allanada, merced a los desórdenes, por orden del Gobernador Mario Aramburo Res-

trepo; se relaciona también con un movimiento estudiantil nacional que el Gobierno del Presidente Guillermo León Valencia no logró controlar y que cargó con la muerte de un estudiante en Bogotá, José Useche, de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Por eso, epítetos que duelen, son apenas parte de la jerga de la masa y ya deberían estar olvidados, entre otras cosas porque nadie es capaz de negar hoy en día que la Ciudad Universitaria se constituye en un monumento al saber, y que la reforma académica de los sesenta permitió dar el salto de la escuela tradicional a la Universidad científica. La reforma no fracasó por el hecho de no haberse mantenido un modelo específico dentro de la categorización que quiso lograr el doctor Ignacio Vélez Escobar. Eso de dividir el conocimiento en departamentos o en Facultades, en Ciencias y Humanidades, o en programas académicos completos, en el *College*, al estilo norteamericano, como él lo soñó y hubiera querido que resultase, no son más que apreciaciones y propuestas, que si son lo suficientemente buenas prosperan, y si no lo son o si se complica su aplicabilidad, como ocurrió entre nosotros, terminan siendo modificadas. El éxito de su gestión radica en el cambio de actitud y de mentalidad que sembró con la reforma, porque se inició un nuevo modelo educativo: el profesor ha dejado de ser el centro de atención, el estudiante se ha hecho partícipe del saber, las prácticas y los laboratorios promovieron el interés por los problemas de la sociedad y por la investigación, y el surgimiento de las especializaciones nos han introducido en la particularidad del conocimiento. Pero, para ese proceso se requiere un tiempo, como veremos más adelante. ■

* Tomado de: *La nueva historia de la Universidad de Antioquia*. Jaime Restrepo Cuartas. El tambor de Arlequín. Medellín, 2005. ISBN: 958-9237-64-9